

UN MATRIMONIO DE CANTANTES

¿Cómo no habían de haberse amado? Guapos y célebres los dos, cantando en las mismas obras, viviendo todas las noches, durante cinco actos, la misma vida artificial y apasionada. No se dice uno veinte veces al mes: «¡Te amo!» entre suspiros de flauta y trémolos de violín, sin acabar por dejarse emocionar por la propia voz. A la larga sintieron el amor entre torrentes de armonía, sorpresas de ritmo, espléndores de trajes y de telones. Llegó á ellos por la ventana que *Elsa y Lohengrin* abren de par en par una noche vibrante de notas y de resplandores:

«Ven á respirar los embriagadores perfumes...»

Se les metió por entre las blancas columnillas del balcón de los Capuletos, en el cual estuvieron *Romeo y Julieta* hasta el alba en una noche de amor:

«No; todavía no es de día; aún no canta la alondra.»

Y dulcemente sorprendió á *Fausto* y á *Margarita* en aquel rayo de luna que daba desde el banco rústico hasta la ventana del cuartito, rodeado con las enredaderas trepadoras y las ramas de los rosales:

«Deja, deja que contemple tu rostro.»

Bien pronto París entero supo sus amores y se interesó por ellos. Aquella fué la curiosidad de la temporada. La gente iba á admirar aquellas dos hermosas estrellas que gravitaban dulcemente, una hacía otra, en el cielo musical del teatro de la Opera. Por fin, una noche, después de un llamamiento entusiasta, al caer el telón que separaba la deslumbradora sala donde sonaban frenéticos aplausos, y el escenario, sembrado de ramos de rosas y camelias, por encima de las cuales arrastraba la cola del vestido blanco de *Julieta*, los dos cantantes sintieron acometidos por irresistible entusiasmo, como si su amor, un poco ficticio, no esperase para declararse más que la emoción de un gran triunfo. Sus manos se estrecharon, y cambiaron entre sí juramentos consagrados por los lejanos persistentes aplausos del público. Las dos estrellas habían hecho su conjunción.



Después de la boda estuvieron algún tiempo sin dejarse ver en el teatro. Luego, cuando terminó la licencia que la Empresa les concediera, volvieron juntos á la escena. Hasta aquel día, entre aquellos dos cantantes, el hombre había sido el primero. De más edad que su esposa, más conocedor del público, del cual no ignoraba ni los gustos, ni las preferencias, ni las debilidades, arrebatada con su voz á la gente de las butacas y de los palcos. Al lado suyo, la tiple no parecía más que una discípula admirablemente dotada, la promesa de un genio futuro; su voz, demasiado joven, tenía ángulos, lo mismo que sus hombros, un poco flacos y huesudos. Así es que cuando volvieron á la escena, cuando se presentó ella á cantar las mismas partituras que otras veces, y cuando el sonido lleno, rico, admirable de las primeras notas, se escapó de sus labios, abundante y puro como agua de manantial, hubo en el público un sentimiento de admiración tan grande, que todo el interés de la noche se concentró en torno de ella. Fué para la joven uno de esos días felicísimos en que la atmósfera que nos rodea se hace límpida, ligera, vibrante, para dejar que lleguen hasta nosotros todos los rayos, todas las adulaciones del éxito. Al marido casi se olvidaron de aplaudirle; y como todos los resplandores producen cierta sombra en derredor, hallóse relegado, como si fuera un comparsa, al más oscuro rincón de la escena.

Después de todo, aquel amor que se había revelado en la acción escénica de la cantante, su voz encantadora y tierna, estaban inspiradas por él. Sólo él daba brillo á sus hermosos ojos, y esa idea debió enorgullecerle; pero la vanidad del artista pudo más, fué más fuerte. Al concluir la función llamó al jefe de los alabarderos y le puso las orejas coloradas. Habían dejado pasar inadvertidas sus salidas, sus entradas, y olvidado llamarle al final del tercer acto. Se quejaría al director.....

¡Ay! Por más que dijo y por más que los alabarderos hicieron, el favor del público, conquistado por su mujer, fué definitivamente para ésta. Tuvo en ventaja suya la elección afortunada de obras, apropiadas á su talento, á su belleza, en las cuales se presentaba ella con la tranquilidad y aplomo de una mujer de la buena sociedad, que entra en un baile, bien vestida con traje del color que le sentaba á las mil maravillas, y segura de una ovación.

A cada nuevo triunfo el marido se mostraba triste, nervioso, irascible. Aquello, aquel estar en boga que se alejaba de él, amenazando no volver nunca, le producía el efecto de un robo. Durante mucho tiempo procuró ocultar á todo el mundo, y especialmente á su mujer, aquel sufrimiento inexplicable; pero una noche, al subir ella la escalera de su cuarto con la falda cogida con las dos manos y llena de ramos, y que, sin pensar más que en su triunfo, le decía á su marido con voz todavía emocionada por los aplausos: «Hemos tenido muy buena entrada esta noche»; él le contestó con un «¿Crees tú?». ... tan irónico, tan amargo, que el alma de la joven se abrió súbitamente á la verdad.

